

BIBLIOTECA ALFONSO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ADOLFO BELOT



LA HIJA

DE

TRES BLANCOS Y UN NEGRO

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

HIPÓLITO REGÍN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Ago. 1925 MONTREY, MEXICO

## LA HIJA DE TRES BLANCOS Y UN NEGRO

## I

Eran dos verdaderos amigos, siempre juntos, que paseaban y cazaban en compañía, que se enfadaban y hacían sus paces por cualquier cosa, el uno bribón y el otro más, éste haciendo favores por vanidad, aquél complaciéndolo con servilismo, necesarios el uno al otro; dos amigos, en una palabra.

El uno se llamaba Ducroc, el otro Bernillón. Ducroc frisaba en los cincuenta años, usaba grandes patillas grises, tenía la mirada alegre, y era abultado de abdomen. Se había hecho entusiasta aficionado de la caza. Se le veía más frecuentemente en la cuadra que en la sala, fustigando ó acariciando á sus perros, y no se quitaba nunca la pipa de la boca, como no fuese para soltar una broma ó un juramen-

to. Era soltero, y mandaba al diablo á tres ó cuatro primos que atisbaban el momento de heredarlo, á los cuales mantenía á respetuosa distancia de su persona.

Allá en su juventud había navegado. Un día, provisto de una pacotilla, se embarcó para la América del Sur, de donde se le vió volver, quince años después, con diez mil libras de renta y un negro llamado Baba. Entonces se instaló, como él decía, en su país natal, un pueblo pequeño, cabeza de partido que se parece á todos los pequeños pueblos que son cabeza de partido, y en el cual, gracias á la fortuna, contó desde luego con la estimación de sus convecinos. Desgraciadamente, no dejaba de dilapidar esa fortuna á fuerza de estúpidas prodigalidades. Por ejemplo, tenía para él solo dos criados: Toinon, una pobre vieja cascada y arrugada, que trabajaba como un negro, y Baba, el negro, que no hacía absolutamente nada. Era éste fuerte como un toro, ágil como un mico y negro como la pipa de su amo. Ducroc no podía sacar partido de él, lo molía á palos, y Baba, que de un capirotazo lo hubiera podido deshacer, aguantaba filosóficamente sus diarias bofetadas y sus palos.

Si podía temerse que Ducroc acabara por arruinarse, en cambio, no había por qué no estar absolutamente tranquilo acerca de Bernillón, que no tenía un céntimo y estaba lleno de deudas. Había sido soldado, como Ducroc marino: soldado raso y asiduo concurrente al calabozo del cuartel. Una herida que recibió en África, lo puso en el caso de pasar á Inválidos, precisamente cuando, según él decía, estaba á punto de ascender. Su paga estaba embargada y su crédito era nulo, cuando, afortunadamente para él, apareció Ducroc en el pueblo. Bernillón supo tropezar con el recién llegado en el paseo á orillas del Maillo saludó cortésmente, entabló conversación con él, contó sus aventuras y se hizo convidar á comer. Desde aquel día data la intimidad entre ambos.

La comida había sido rociada tan de lo lindo que á los postres cayeron uno en brazos del otro y se juraron, llorando, amistad eterna. Bernillón aprovechó la ternura de su nuevo amigo para pedirle el primer empréstito.

Pronto fueron inseparables: Bernillón, en un abrir y cerrar de ojos, había conseguido acomodarse á los caprichos de Ducroc y amoldarse á ellos. Ducroc gustaba de la caza,

por ejemplo, pues Bernillón se volvía loco por ella. Ducroc, porque había sido marino, gustaba de que le llamasen *Capitán*, pues Bernillón le decía *Capitán* diez veces en un minuto. Ducroc, bebedor de primera fuerza, gustaba de que se las mantuvieran tiesas con él, pues Bernillón aceptaba sus retos, pero cuidaba, borracho ó no, de caer á los postres debajo de la mesa, para que su amigo se diese el gusto de creerse gran bebedor. Por fin, Ducroc, inclinado á las familiaridades amistosas, tuteaba á Bernillón, y exigía á veces, después de beber, que éste lo tratara de la misma manera. Bernillón obedecía, pero con torpeza, como á disgusto, y con la timidez propia de un inferior, que apenas si se atreve á usar de la libertad que se le concede de buen grado.

Cuidaba mucho, sin embargo, de no ser siempre de la opinión del *Capitán*, y de no aplaudirle continuamente. Esa conducta hubiese disgustado pronto á Ducroc, porque á éste le agradaba el ruido, la contradicción, la lucha. Así es que de cuando en cuando disputaban y se enfadaban; pero ¡qué enfados! Siempre concluían, al día siguiente, con unas paces cariñosas enmedio de excusas, copitas de vino y calurosas protestas de amistad.

En el transcurso de esta dulce intimidad, la vieja Toinon cayó enferma, y Ducroc, para sustituirla durante su enfermedad y hasta que se restableciera, tomó á su servicio una muchacha de veinte años, llamada Cristina Levert. Esto desagradó á Bernillón. La tal Cristina era una hija bastarda, mal criada, desvergonzada, bribona, amiga de los hombres y bonita. Bernillón conocía á Ducroc y su naturaleza inflamable; sabía muy bien que era capaz de sacrificar sus amigos al último que llegase. Se alarmó, tanto más, cuanto que el día en que la vieja, ya restablecida, volvió á su trabajo, Ducroc, sin embargo, persistió en quedarse con Cristina en casa. Su amigo le hizo algunas observaciones, pero el antiguo marino no le dió oídos. Habló mal de Cristina, y Ducroc le interrumpió de un modo que no le dejó ganas de volver á las andadas. Se las quiso echar de interesante, sus visitas fueron más raras y más cortas. Nadie pareció advertirlo. Una vez dejó de ir por allí durante ocho días, sin que Ducroc fuese á verlo ni lo mandara llamar. Decididamente, su situación iba siendo comprometida.

Entonces Bernillón, habituado á todas las argucias, cambió de táctica, y una mañana se

le vió llegar á casa de su amigo, más cariñoso y más sonriente que nunca. Se excusó tan bien, fué tan amable, que inmediatamente quedaron olvidadas sus faltas. Ducroc le estrechó la mano con efusión, y Cristina, que no era rencorosa, sintióse extremadamente halagada con los piropos que le dirigió. Las buenas relaciones entre ellos quedaron reanudadas enseguida; pero viéronse pronto interrumpidas bruscamente.

Los dos amigos habían vuelto á sus cacerías. Sin embargo, por una singularidad, inexplicable ordinariamente, apenas habían comenzado á cazar, cuando Bernillón desaparecía, sin que Ducroc consiguiera encontrarlo. Éste llamaba, buscaba, silbaba inútilmente, y de mal humor seguía persiguiendo los pájaros, murmurando para su capote: "¡Qué animal es Bernillón! ¡Nunca se sabe dónde se metel."

Por la noche Bernillón le decía que se había extraviado.

Un día, sea que ya le aburrieran esas desapariciones ó que le fueran pareciendo extrañas, Ducroc, que se había quedado solo, recogió los perros y se volvió á su casa. Al entrar en el corral, oyó, hacia el lado de la cuadra, ruido de voces que estaban disputan-

do. Púsose á escuchar: eran las voces de Bernillón y de Baba.

Bernillón acusaba á Baba de ser el amante de Cristina, y el negro hacía á Bernillón la misma acusación. Como de las palabras pasaron á las manos, Ducroc, temblando de cólera, se lanzó á la cuadra, con el látigo en la mano, y á éste quiero, á éste no quiero, empezó á repartir latigazos sin distinguir de colores.

Baba, rugiendo, se escapó al corral. Ducroc echó á Bernillón á la calle, y volvió contra Baba para continuar el castigo. Pero esta vez, el negro, animado por las miradas de Cristina que desde una ventana presenciaba la fiesta, volvióse contra su amo, y de una patada gigantesca lo hizo rodar diez pasos. Luego corrió á la casa, hizo un paquete con sus trapos, y se escapó de la casa llevándose á Cristina del brazo.

Los vecinos recogieron á Ducroc y lo metieron en cama. No tenía contusiones graves. Se le cuidó, y tres días después fumaba ya su pipa.

Bernillón había llegado, bien que mal, á su domicilio. Cuanto á Baba, habíase refugiado con Cristina en casa de un tal Gruchet, carpintero de oficio, con el cual más de una vez

había bebido vino robado en la bodega de su amo. La mujer del carpintero, á quien apodaban la Gruchete, cuidó de Cristina, que tenía dolores y sentíase mal por momentos.

Preguntáronle qué tenía, y nada quiso contestar. Al día siguiente, en vista de que no mejoraba, llamaron á un médico. Éste dijo que se hallaba encinta, y que la emoción del día anterior podía muy bien acelerar el instante del alumbramiento.

En efecto, aquella noche dió á luz una chiquilla, muy endeble y muy pequeñuela, á quien pusieron el nombre de Fanny, y á la cual la Gruchete, que iba á destetar á su hijo, empezó á dar el pecho.

Apenas habían lavado la criatura, acercóse Baba á mirarla, y al verla blanca como la leche, hizo un gesto de descontento; sin duda tenía sus preocupaciones en materia de color.

No por eso dejó de cuidar afanosamente á Cristina. Ésta estuvo pronto buena, y entonces hubo que pensar en tomar una resolución.

Como la Gruchete era una excelente nodriza, convinieron en que se quedase con Fanny para criarla. Luego Cristina Levert, acompañada por Baba, se puso en camino. La extraña pareja iba á buscar fortuna á París.

## II

Bernillón, tocándose las partes de su cuerpo que sentía doloridas, díjose que por su propia culpa había perdido una buena posición agradable, y se puso muy melancólico.

Ducroc, por su parte, comenzó por desahogar su cólera contra los pillos que le habían hecho traición. Luego, arregló una vida más tranquila y más dulce, al abrigo de nuevas perfidias. Los primeros días todo fué bien. Pero pronto la soledad se le hizo insoportable: bostezó, suspiró y acabó por aburrirse á tal punto que una tarde cogió el bastón y se fué á pasear por la orilla del Mail, con la esperanza de encontrar á Bernillón.

Y con efecto, Bernillón estaba allí.

Pasaron uno junto al otro, serios, rígidos, sin saludarse y como si no se hubieran visto.

Pero apenas se habían cruzado, cuando volvieron las cabezas al mismo tiempo, é involuntariamente cruzaron una mirada vergonzosa.

Ducroc se sentó en un banco, y Bernillón en otro no lejos del primero. Uno tarareaba una canción, el otro hacía círculos en el polvo del camino con la contera de su bastón. Ardían en deseos de reconciliarse, pero ninguno quería dar el primer paso. La casualidad se encargó de todo.

Una ráfaga de viento arrebató el sombrero á Ducroc. Bernillón se precipitó, cogió el sombrero en el aire y lo devolvió á su amo. Este le dió las gracias.

—No hay de qué—dijo Bernillón.

—Sí. Porque el sombrero ha podido ir á parar muy lejos.

—¡Es verdad que hace un viento! Y... ¿estáis bueno, capitán?

—Bastante bien... ¿Y vos?

—Regular, á Dios gracias.

—Sin embargo, creo que habéis andado malucho—dijo Ducroc sonriendo.

—Un poco—contestó Bernillón sonriendo también.

—Un accidente, según me han dicho.

—En efecto, capitán, un accidente. Y los dos soltaron la carcajada.

—¡Bribón! — exclamó Ducroc. — Confiesa que te lo habías ganado.

—Lo confieso, pero fué demasiado.

—No fué bastante, porque te has portado como un granuja.

—¡Oh!

—Sí, señor... En casa de un amigo... no respetar su techo... Sí, sí, riéte, pero así fué... Yo no me hubiera permitido jamás... Eso de la amistad es sagrado para mí.

—¡Qué bromista sois, capitán!

—¡Tú sí que lo eres! Me haces reir sin ganas...

Charlaron un rato paseándose, luego entraron en el café del Comercio y pidieron una copa de ajeno. Era imposible que no comiesen juntos. Á las cinco hicieron alto en casa de Ducroc. Por fuerza tuvieron que pasar por casa de la Gruchete. Ésta, sentada en el quicio de la puerta, tenía en brazos á la criatura que amamantaba. Dieron un rodeo para no pasar junto á ella; pero al ver que se acercaban, la carpintera se levantó, cruzó á la otra acera, y sacudiendo á Fanny, que lloriqueaba:

—¡Eh! No hay que llorar, señorita, sino, al

contrario, echarle una sonrisilla á papá.

Y así diciendo, casi les metió la criatura por los ojos.

Los dos amigos hicieron como que no veían ni oían nada, y apresuraron el paso.

Al llegar á la esquina:

—Á tí se dirigía—dijo Ducroc.

—No por cierto, era á vos, capitán—respondió Bernillón.

—¡Ya, ya!... Bien conoce lo bribón que eres.

—Eso no importa. Vuestra posición respecto de Cristina equivalía á la de un marido.

—¡No por cierto, de ningún modo!

—¡Oh! Bien poco faltaba.

Y bromearon echándose pullitas y devolviéndose mutuamente la pelota.

—¡Animal! No tienes corazón—dijo Ducroc para concluir.

—¡Capitán, no tenéis entrañas!—replicó Bernillón.

Y se sentaron á la mesa y comieron desafiadamente.

Volvieron á ser más amigos que nunca. Una sola cosa entristecía á Bernillón, no menos que á Ducroc, y es que los recursos de este último, ya muy agotados, iban disminu-

yendo de día en día. Era preciso buscar un remedio á esto. Bernillón, que tenía mucha inventiva, discurrió un expediente que en pocos meses debía no sólo reparar las brechas de la fortuna de su amigo, sino triplicar ésta. Ducroc lo creyó y dejó que hiciese lo que quería. Desgraciadamente, sea que Bernillón carecía de aptitud, ó acaso que tuviese exceso de ella, la operación salió malditísimamente, y Ducroc, en menos de un año, se vió poco menos que en la calle.

Bernillón no por esto lo abandonó completamente; pero en vez de llamarle *Capitán*, como en otro tiempo, no lo llamaba más que *mi pobre Ducroc* y hasta *Ducroc* á secas, cuando se hubo convencido de que ya no tenía nada que sacar de él.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO RIVERA"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



## III

Una mañana la Gruchete vió entrar á Bernillón en su casa.

—¡Dios mío! Señor Bernillón, ¿qué os trae por aquí?

—¿Dónde está Fanny?

—Ahí está llorando en la cuna... Pero ¿cómo es...

Bernillón, sin contestar, corrió á la cuna, cogió la niña, y besándola con enternecimiento:

—¡Es mi hija!—exclamó.—¡Es mía, la reconozco!

La Gruchete estaba muda de asombro. Á la lumbre había un poco de caldo. Bernillón se apoderó de él y, quieras que no, se lo dió á la chiquilla con una torpeza tan paternal y

tan conmovedora que la carpintera se puso á llorar á mares.

—¿De modo que es cierto que la reconocéis, mi querido señor Bernillón?—preguntó.

—¡Pues ya lo creo!—contestó Bernillón, volviendo á colocar la chiquilla en la cuna.

Luego, sacando del bolsillo una moneda de cobre que dió generosamente á la nodriza, salió de la casa y se dirigió á la alcaldía.

Media hora después se presentaba Ducroc á su vez en casa de la nodriza.

—¿Y mi hija, dónde está mi hija?—exclamó.

—¡Eso es imposible!—gritó la carpintera, estupefacta.—El señor Bernillón acaba de estar aquí y ha reconocido á Fanny.

—¡Bernillón!—dijo Ducroc furioso.

Cogió su sombrero y corrió también á la alcaldía. En ese establecimiento de utilidad pública vió el registro del reconocimiento de Bernillón, á pesar de lo cual hizo él una declaración absolutamente lo mismo.

—La abundancia de padres no daña—le dijo el empleado del Registro civil, con una sonrisa significativa.

## IV

¿Por qué Fanny, que hasta entonces carecía de padre, contaba ahora con dos, por falta de uno? Era que Bernillón, que tenía amigos en París, acababa de recibir de uno, que vivía en la calle Blanca, una carta, en la cual éste se quejaba de su modesta posición y la comparaba á la suerte de ciertas mujeres, entre otras una llamada Cristina Levert, muerta la semana anterior en su casa, y que había dejado tantos y cuantos miles de francos.

Aun cuando la carta no contenía ninguna indicación precisa, Bernillón había comprendido que se trataba de la Cristina de marras, y había obrado en consecuencia.

Cuanto á Ducroc, el señor Guerrín, un notario de París, le había escrito por el mismo correo á fin de pedirle noticias sobre los he-

rederos más ó menos probables de una tal Cristina Levert que había estado á su servicio. Enseguida el antiguo marino había hecho los mismos cálculos que el antiguo soldado, y acometido súbitamente de amor entrañable por la pequeña Fanny, dirigióse enseguida á la alcaldía.

Aquella tarde Ducroc fué á ver á Bernillón. Ya sabemos que no solía quedarse en el buche con nada de lo que le estorbaba.

Bernillón, por su parte, no tenía ya razón alguna para contenerse. La explicación que medió fué viva.

- ¡Eres un miserable!—exclamó Ducroc.  
 —¿Y tú?—replicó Bernillón.  
 —Quieres acaparar la herencia de Cristina.  
 —¿Y tú?  
 —¡Yo!... ¿Te atreves á decir?...  
 —Pues, claro está.  
 —¡Cuidado, Bernillón!... ¡que me insultas!  
 —Es posible.  
 —Me darás satisfacción.  
 —Cuando quieras.  
 —Nos batiremos.  
 —Enseguida.

Se batieron al día siguiente. El arma elegida fué la espada. Se metieron recíprocamente

seis pulgadas de hierro en el vientre. Los padrinos los recogieron y los colocaron en una camilla después de declarar que el honor estaba satisfecho.

En el camino encontraron á un médico que se unió al cortejo.

Su entrada en el pueblo produjo una especie de motín popular. De pronto, una mujer, agitada, nerviosa, abrióse paso por entre la muchedumbre y se acercó á la camilla: era la Gruchete. Rechazáronla. Pero ella se colgó á los faldones de la levita del médico, gritando:

—¡Ah, caballero! Procurad, por Dios, salvar á uno cuando menos!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 "ALFONSO REYES"  
 Toño. 1625 MONTERREY, MEXICO

## V

Los salvó á los dos.

Seis semanas después salían de paseo, Ducroc apoyado en una muleta, Bernillón en un bastón.

Encontráronse.

Siempre, por supuesto, á orillas del Mail.

Ducroc se dirigió á Bernillón.

—Esto no ha concluído—dijo.

—Supongo que no—contestó Bernillón.

—Volveremos á batirnos.

—Volvamos.

Esta varonil entereza hizo reflexionar á Ducroc.

—Estamos haciendo los primos—acabó por decir.

—¿Te parece eso?

—Sí. La pequeña no puede vivir mucho, estando tan endebucha como está.

—Es probable.

—Supongamos que me hubieses matado el otro día.

—Supongámoslo.

—Y que yo también te hubiera matado.

—Bueno, ¿y qué?

—Que no tendría padre.

—Justo.

—¿Y quién la heredaría?

—¡Toma! ¡El fisco!

—¿No sería eso una estupidez?

—En efecto.

—Pues entonces no debemos batirnos.

—Como quieras.

—Es preciso llevar el asunto á los tribunales.

—¡Pshé!

—Pleitearemos.

—Bueno; pleiteemos.

Y pleitearon.

Fué un proceso curioso.

El abogado de Ducroc encontraba magnífica la causa de su cliente.

El de Bernillón juraba y perjuraba que la suya no podía perderse.

Los escribanos escribieron, los alguaciles citaron, los magistrados dictaron diligencias.

Ducroc tenía gran confianza en una carta que figuraba en autos, escrita por Cristina la víspera de su marcha á París. Esta carta estaba concebida así:

“Senor Ducro

No queais las mentiras que an dicho de Mi. La chica es buestra. Podeis a Brasarla con confiansa. La que os perdona y os quiere

CRISTINA LEVERT.,

—¡Esto es concluyente!—exclamó el defensor de Ducroc.

Pero el abogado de Bernillón sacó otra carta que también figuraba en autos:

“Senor Berniyóm

Ducro es un tipo. Ya lo conoseis. La chica es buestra Sola.

La que os a mará toda subida

CRISTINA LEVERT.,

Esto era no menos concluyente.

La pequeña Fanny era parte en este pleito. Habíasele designado un tutor especial, el cual solicitaba que ambas pretensiones fueran recusadas, porque la paternidad de Ducroc no le parecía más conveniente que la de Bernillón para su pupila.

El ministerio público se inclinaba á lo mismo.

Sólo la Gruchete y algunas otras comadres del barrio se admiraban de que, teniendo dos padres á quienes elegir, no se apresuraran á elegir uno.

Los magistrados, indecisos, invocaban *in mente* la sombra de Salomón. Se habían tomado tiempo para dictar sentencia.

Desgraciadamente, era de temer que prevaleciese la opinión del tutor. Esto traía vivamente inquieto á Ducroc, el cual fué á ver á Bernillón.

—Es ridículo que pleiteemos—le dijo.

—Tú lo has querido.

—He hecho mal. Porque al fin y al cabo nos van á arruinar las costas.

—Conforme.

—Y nos exponemos á no conseguir nada.

—¿Cómo es eso?

—¡Tomal! Es posible que recusen nuestras

dos pretensiones, y que nos manden á paseo.

—¿Lo temes?

—Hasta me parece probable.

—¿Y qué quieres que yo le haga?

—Pues nada más sencillo. ¿No disputamos por el dinero?

—Sí.

—Partamos.

—¿Cómo?

—Que desista uno de los dos.

—Yo, no.

—Que la suerte decida.

Bernillón reflexionó. La proposición parecióle aceptable. Ducroc tiró una moneda al aire.

—¿Cara ó cruz?

—¡Cruz!—dijo Bernillón.

La moneda cayó cara arriba.

—Tú desistirás—dijo Ducroc.

—¡Un momento! Es necesario que ante todo hagamos un contratito.

—¿Para qué? Tienes mi palabra.

—No le hace; es mejor así.

Hicieron una escritura. Luego Bernillón se dirigió á casa de su abogado y desistió del pleito.

Al día siguiente supieron que Baba se mos-

traba parte en el proceso y reclamaba á Fanny como hija suya. ¡Un tercero en discordia! Esto les hizo reír.

—¡Tiene gracia! — exclamó Ducroc.—¡La chiquilla es blanca como un cisne, y el morenito ese quiere que sea suya!

Pero el abogado de Bernillón, que era hombre de una gran práctica, les dijo que no era cosa de risa, que los derechos de Baba parecían fundados, y que era probable que el tribunal los tuviese por buenos. Los dos amigos no volvían de su asombro.

## VI

Y sin embargo, no había nada en ello que no fuese perfectamente legal. Para convenirse, basta saber lo que había ocurrido entre Cristina y Baba.

Cuando se va en busca de fortuna á París, por encima de las ventajas de una muchacha bonita deben colocarse las de ser negro... un negro hermoso, se entiende, muy negro y muy lustroso.

Baba había logrado entrar enseguida como lacayo en uno de los más ricos hoteles de la Calzada de Antin.

Cristina, en su calidad de blanca, no había podido encontrar más que una guardilla y un poco de trabajo de costurera. Estropeándose los ojos y los dedos, lograba ganar unos quince sueldos diarios. Esto era mezquino.

Baba iba á verla. No dejaba de hablarle de su amor; pero ella no quería escucharlo ya. La curiosidad que le había inspirado habíase trocado en indiferencia cuando menos. Y, sin embargo, estaba en la miseria, mientras Baba tenía siempre, además de sus galoneados sombreros, algunos escudos en el bolsillo. El negro la socorría dándole parte de su salario. En una palabra, fué tan bueno, tan sumiso, tan amante, que un día Cristina consintió en casarse con él, con la condición de que reconociese á Fanny.

Que explique quien pueda esta resolución. Fastidio, gratitud, cariño maternal, capricho ó cansancio, ella misma no habría podido decir á impulso de cuál de esos sentimientos modificaba su conducta. Baba, por su parte, saltaba y brincaba de alegría. Hizose la boda, y en el Registro civil fué consignada al mismo tiempo un acta formal de reconocimiento de la hija.

Con objeto de tener á Cristina bajo su vigilancia, Baba logró que la admitiesen de doncella en el hotel donde él servía. Por desgracia, el propietario del hotel tenía un hijo de veinte años, que se enamoró de Cristina y desapareció una noche con ella. Baba, en vez de

ser compadecido, fué puesto de patitas en la calle por el padre, en castigo de no haber cumplido mejor sus deberes de marido.

Entonces se puso á buscar á la infiel. Un marido que busca á su mujer, no inspirará jamás en Francia más que ganas de reir, y con más razón si el tal marido es un negro. Por todas partes donde preguntaba noticias, encontraba risas y chacota. Harto ya, entró á servir en otra casa.

Un día iba de pie en la trasera del coche de su nuevo amo, cuando al pasar por la avenida de los Campos Elíseos vió á Cristina que se pavoneaba elegantemente vestida, en un lujoso carruaje. De un salto se puso en el suelo, detuvo los caballos del carruaje donde iba su mujer, tiró al cochero del pescante, y en menos de un decir Jesús tuvo á su mujer cogida por el moño. La infeliz lanzaba gritos desesperados. Acudió gente y la arrancaron maltrecha de sus manos. El negro fué detenido y conducido á la prevención.

Ante la justicia hizo valer sus derechos de marido, y sólo lo condenaron á seis días de cárcel.

Un inglés que lo vió en el banquillo de los acusados ante el tribunal de policía correcio-



nal, lo encontró de su gusto y quiso llevarlo á su servicio. Hízole ofrecimientos; Baba los aceptó y salió inmediatamente para Londres. El inglés era aficionado á los viajes. Baba viajó.

Y así fué que no supo su viudez hasta seis meses despues de la muerte de su mujer.

## VII

Su intervención cambió radicalmente la fisonomía del pleito.

Hiciéronse nuevas diligencias.

Luego llegó el día de la vista, y Baba quiso acompañar á su abogado.

—Guardaos bien de semejante cosa—le dijo éste,—porque lo echaríais todo á perder.

—¿Por qué?

—Por el color de vuestra piel.

—Caballero, el color de mi piel es excelente—respondió con orgullo;—no destiño.

—Es verdad; pero comprenda que... la diferencia...

—La chiquilla es la que tiene mal color.

—Desde vuestro punto de vista, sí... Pero os ruego que no os presentéis... Os blanquearé lo mejor que pueda.

—No quiero que me blanqueen.  
No hubo medio de hacerlo ceder.

—¡Bah! Después todo—pensó el abogado,—  
ennegreceré á la chiquilla, y lo mismo da.

Las sesiones de la vista fueron muy notables. El asunto había hecho ruido, y los periódicos de París se ocuparon en él extensamente.

El tutor rechazaba á Baba, como había rechazado á Ducroc y á Bernillón. Desde ese punto de vista era un auxiliar para Ducroc. El abogado de éste sostuvo, fundándose en la historia natural y en la antropología, que había en la causa imposibilidad física de paternidad, y, por consiguiente, imposibilidad legal. En apoyo de su tesis exhibía á Fanny, á la cual había llevado á propósito, y hacía contrastar su blancura con el color negro de Baba.

Pero el abogado de éste se mantuvo en sus trece. Fué inflexible en los principios. La legitimación por matrimonio subsiguiente equivale al nacimiento de legítimo matrimonio. La regla *Pater is est* no admite excepción. El orden público, la sociedad entera estaban interesados en este asunto. ¡Qué peligros no vendrían si el sistema de sus adversarios

prevaleciese, si la justicia se fijase en una cuestión de color! Pronto veríamos á todos los maridos morenos negar la paternidad á los chicos rubios que dieran á luz sus mujeres. Por fin, se aprovechó también de los caprichos de la naturaleza, y habló de la ternera de dos cabezas y de los hermanos siameses.

El alegato produjo grandísimo efecto. El tribunal, en una sentencia bien razonada, dió la razón á Baba.

—¡Eso es una monstruosidad!—exclamó Ducroc.

—¡Una ignominia!—dijo Bernillón.

—¡Un negro padre de Fanny!

—¡Qué estupidez! Pero ello es, amigo mío, que nos hemos arruinado... Los gastos del pleito habrán acabado de dejarte sin un céntimo... ¿Qué vas á hacer ahora?

—Yo me voy de este pícaro país, donde los derechos más sagrados, los de un padre sobre sus hijos, son desconocidos... Me vuelvo al Brasil para rehacer mi fortuna... ¿Me acompañas?

—No; hago otra cosa mejor. Baba, nuestro adversario, que tenía más motivos para creerme el verdadero padre, ha agradecido

mucho que yo haya renunciado mis derechos.  
Voy á hacerme amigo suyo.

—¡Amigo de un negro!

—No hay colores. El tribunal lo ha declarado así en su sentencia... muy razonada por cierto... Adios, Ducroc.

—¡Adios, Bernillón!... Pero no olvides que el padre soy yo.

—No; soy yo, y ya no me separaré de mi hija.

Y no se separó de ella, porque, como había dicho, fué amigo de Baba, amigo fiel, que le ayudó á comerse la fortuna que había dejado Cristina, cuando la pequeña Fanny, la hija de tres blancos y un negro, se fué al otro mundo.

FIN

PQ2193

.B7

M48

R.C.

98158

AUTOR

BELOT, Adolphe

TITULO

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta  
antes de la última fecha abajo indi-  
cada.


BIBLIOTECA ALFONSENA  
UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

